

dieron experimentar, a través de la marihuana y las drogas, una nueva sensibilidad. Se vistieron de una manera sofisticada y desaliñada. Se dejaron crecer el pelo e inventaron un lenguaje y una nueva música. Sólo que se marginaron de la sociedad. Su amor se convirtió en algo abstracto y metafísico, su responsabilidad sobre los demás en filisteísmo; sus relaciones morales y sexuales, en fantasías obsesivas y patológicas. Terminaron pidiendo limosna y asaltando para conseguir drogas. Les faltó la dimensión política. Al faltarles conciencia histórica, la sociedad de consumo a la que despreciaban se los tragó. Hoy los *hippies* son una moda de la sociedad industrial para consumo del folklore de la clase media en los países subdesarrollados.

Gabriel Careaga

Ianni, Octavio. *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina*, 1ª edición, México, Siglo XXI editores, 1970, 125 pp.

Octavio Ianni plantea desde la posición de la sociología comprometida, varias hipótesis sobre la relación dependiente de Latinoamérica con el imperialismo desde la posición de los países subordinados, con el objeto de encontrar los eslabones fuertes y los débiles del sistema, observando que la relación con el imperialismo condiciona en diferentes niveles la estructuración de los países latinoamericanos, o sea a nivel económico, cultural, religioso y en la creciente militarización de la vida política latinoamericana; describiéndose un movimiento paralelo al aumento de la dependencia y el advenimiento de las formas fascistas que adopta la estructura social, con un claro deterioro de los procesos democráticos, expresado en el fracaso del desarrollismo nacionalista y del asociacionismo, fincados en la coyuntura de la guerra mundial pasada.

El libro, subdividido en cuatro partes, maneja los supuestos fundamentales apuntados arriba y hace un análisis de la militarización de la política latinoamericana y de la formación de una estructura social que consolida la institucionalización de la violencia, formando de hecho una cultura de la violencia.

El problema de la dependencia latinoamericana en el proceso del desarrollo del sistema capitalista a nivel internacional, que en Latinoamérica ha llevado al fracaso de las políticas nacionalistas, lleva a replantearse su definición y a buscar una caracterización más completa, con el objeto de encontrar una alternativa viable para América Latina.

Existe dependencia estructural siempre que las estructuras económicas y políticas de un país están determinadas por las relaciones imperialistas. Ello significa que instituciones económicas, políticas, militares, educacionales y otras, pueden ser influidas y aun determinadas por las relaciones dependientes, es como si el imperialismo provocara en el interior de una sociedad subordinada la aparición de ideologías e instituciones determinadas en función de los intereses y procesos político-económicos que se generan a partir de la nación dominante. O sea la dependencia estructural corresponde a la manifestación concreta, en el interior de la sociedad subordinada, de las relaciones políticas y económicas de tipo imperialista.

Por otro lado, aun en los grupos intelectuales no marxistas, se está cobrando conciencia del fracaso de la vía capitalista de desarrollo y la investigación teórica y empírica se orienta a buscar soluciones para los problemas de América Latina en general, y para los sectores asalariados. Esta búsqueda implica aclarar la naturaleza del aparato de dominación y las características que adoptan las contradicciones a nivel de la nación dependiente y del imperialismo. En América Latina se está configurando un complejo sistema de decisiones, que se manifiesta en la organización de empresas multinacionales, que con la combinación del poder de decisión de las entidades a nivel intergubernamental, dan origen a estructuras extra o supranacionales, que contribuyen a reforzar la dependencia. Como reflejo de la situación dependiente hay una tendencia a la interiorización de las contradicciones externas, con las cuales se enfrentan habitualmente las sociedades subordinadas; a la vez que las internas pasan a manifestarse a nivel internacional y se constituyen en un factor de influencia en los procesos políticos y económicos cuyo centro hegemónico de decisiones son los Estados Unidos. Por lo tanto, comienza a llevarse a cabo un proceso de internacionalización de la lucha de clases, donde hay una influencia recíproca entre centro hegemónico y las zonas subordinadas. En la medida que estas manifestaciones políticas de la dependencia se acentúan, se desarrollan ciertas modalidades de producción del excedente económico efectivo determinadas por el poder político. Éste es el elemento esencial de la dependencia, de hecho la dependencia se consolida cuando adquiere su carácter político.

Este aumento de la dependencia se da en el marco de la expansión del capitalismo a nivel internacional; el área latinoamericana se ha incorporado de manera creciente a la órbita norteamericana y esto cobra su expresión política en el aumento de los regímenes militares.

Desde la perspectiva norteamericana es clara la necesidad económica, política, estratégica, que requiere la conservación del sistema, tomando en cuenta eventos como la Revolución Cubana, la Mexicana, el nacionalismo económico y la aparición de las guerrillas que han obligado al imperialismo y a las oligarquías latinoamericanas a recurrir a los recursos que se hagan necesarios. La nación norteamericana, en su intento de proteger la conservación de su hegemonía, ha desarrollado una amplia política de subvención a las oligarquías latinoamericanas que presenta un incremento considerable a partir de los años 50. Estados Unidos considera peligrosa para su hegemonía cualquier actitud independiente y aun neutral, sustentando su ayuda militar en diferentes tesis como la *boomerang*, baluarte o la hemisférica, que tiene como elemento común el desarrollo de políticas de apoyo a las fuerzas militares latinoamericanas. Por supuesto el apoyo varía de acuerdo a la posición concreta de cada país y se da como expresión de un todo más complejo que implica niveles como el político, el económico, etcétera. Este proceso conlleva una creciente militarización de la vida política latinoamericana, que se expresa en la necesidad de apoyo de los sectores dominantes por parte de las fuerzas armadas o bien por su dominación directa. Por otro lado, este proceso de creciente militarización, no se da como un fenómeno particularmente latinoamericano, sino como parte de un proceso mucho mayor en donde las naciones hegemónicas destinan de

manera creciente su capacidad productiva al incremento de la industria bélica, y América Latina, en su situación dependiente, tiende a reproducir los aspectos distorsionados del sistema en su conjunto.

Así pues, la militarización es una de las formas que adopta el imperialismo en el interior de las sociedades subordinadas al sistema; sin embargo, el imperialismo tiende a manifestarse en todas las esferas de la sociedad y configura un claro proceso de violencia de la vida social, sustentada en las ideologías, las políticas económicas, la cultura, la religión y los medios masivos de comunicación, configurando un sistema de difusión de los valores del militarismo ligado a los intereses del centro hegemónico; así se elaboran las ideologías anticomunistas que juegan un papel importante en la lucha de los bloques a nivel mundial y América Latina. En cuanto cultura de la violencia, el imperialismo propaga la cultura del fascismo. Esto alcanza su expresión más clara en la violencia política, donde la represión planeada técnicamente se convierte en requisito indispensable del funcionamiento del sistema.

Este esfuerzo gira en torno a la conservación del sistema imperialista en general y del American Way of Life en particular, donde el área latinoamericana es absorbida de manera creciente en un proceso de creciente integración de las relaciones de dominación y subordinación, con lo que se desarrolla la organización técnica, los valores, y la práctica necesarios que configuran la cultura de la violencia.

*Jorge C. Gutiérrez Pérez*

Lamore, Jean. *Cuba*. Paris. Presses Universitaires de France, 1970, 130 pp., 3.50 Fr.

El autor, asistente en el Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de Burdeos, realizó un viaje expreso a la perla de las Antillas para poner al día su material. A primera vista la obra no da idea clara de su contenido pero, sin lugar a dudas, es una de las más importantes síntesis de conjunto de la vida cubana desde la conquista española hasta nuestros días.

Con un lenguaje fácil Lamore dedica la primera parte del libro a describir física, histórica y socialmente el país. Sin disimular en ningún momento sus simpatías por el actual régimen cubano, trata de evitar la polémica apeándose rigurosamente a los hechos históricos.

Con profundos conocimientos describe el sistema colonial español y el régimen esclavista que persistió en la isla hasta casi el último cuarto del siglo pasado. Al mismo tiempo encuentra las raíces de los problemas cubanos que se manifestarían en las luchas por la independencia y estallarían en nuestros días.

La sustitución del yugo español por la tutela estadounidense en 1898 frustró los anhelos de un pueblo en armas y de largos años de lucha. La segunda guerra por la independencia pronosticada por Martí comenzaba entonces.

La intervención militar norteamericana fue la consecuencia lógica de la estrategia trazada por Estados Unidos desde la segunda década del siglo XIX. Baste recordar que John Quincy

Adams secretario de Estado del presidente Monroe declaró, al respecto de las ambiciones de su país y de Inglaterra sobre la isla antillana, que se adoptaría la política de la "espera paciente", permitiendo que "el más débil (España) retuviera la presa entre sus manos a fin de mejor recogerla más tarde".

En 1898 España queda eliminada del escenario cubano y se inicia la época de las intervenciones militares estadounidenses en la isla. Hasta 1909 habían habido dos intervenciones y ocho años de ocupación militar. Tiempo suficiente para cimentar los intereses norteamericanos: un alto porcentaje del comercio exterior cubano es monopolizado por empresas estadounidenses y se abre el mercado cubano a la exportación preferencial de artículos norteamericanos; se estableció la base naval de Guantánamo vigilando la ruta de Panamá y se agregó, con carácter "permanente", la célebre Enmienda Platt a la Constitución cubana que permitiría la intervención armada norteamericana cada vez que los intereses estadounidenses se sintiesen afectados. Esto implicaba apoyar, deponer, reelegir autoridades y en ocasiones administrar el erario cubano, a fin de permitir el acceso de los capitales estadounidenses sin cortapisas. En 1909 el ministro de la Guerra Taft recibió el título de "Gobernador General de la República de Cuba" y los historiadores norteamericanos hablan del "protectorado" de su país sobre la isla.

En la década de los años 20 terminará la época de las intervenciones militares norteamericanas en territorio cubano; en adelante se limitarán a la presión de los embajadores y enviados, no por ello menos eficaces.

En medio de las crisis económicas y la guerra de independencia, una empresa norteamericana compró la primera explotación azucarera en la isla, en 1883. Para 1895 los capitales estadounidenses en Cuba sumaban 50 millones de dólares, empleados largamente en adquirir plantaciones en peligro financiero o devastadas por la guerra.

La crisis económica que principio en 1929 en los países desarrollados, es sólo una más para Cuba, sometida desde largos decenios ya a las fluctuaciones del precio del azúcar en el mercado internacional. El caos económico, el desempleo, la especulación desenfrenada y la corrupción administrativa son características de los primeros 30 años de este siglo en la vida cubana.

En 1933 aparece por primera vez el sargento Fulgencio Batista a la cabeza de un golpe militar. En 1940 es elegido presidente. Lamore agrega: "Batista dirigía en realidad el escenario tras bambalinas desde hacía ya siete años apoyado calurosamente por el presidente Roosevelt." Los gobiernos corruptos de Grau San Martín y Prío Socarrás se sucedieron en la época de los años 40, hasta que el último fue depuesto por Batista en 1952, por lo que el antiguo sargento se instaló en la presidencia de nueva cuenta con el apoyo de Estados Unidos.

La corrupción y la miseria corrieron parejas durante esta época. Las fortunas se amasaban bajo cualquier forma poco escrupulosa protegidas por el manto oficial. Batista agregó algo nuevo: una represión cruel y sistemática a toda protesta y oposición. Si la empresa que preparaba el doctor Castro y su grupo era realmente peligrosa, es difícil imaginar en qué terreno mejor preparado que éste podrían desenvolverse los jóvenes revolucionarios.